

MOMENTO AMORE

LAS FOTOGRAFÍAS DE JACK PIERSON

JERRY SALTZ

Jack Pierson es un artista de estilo y sensibilidad, de sutileza y de momentos evanescentes únicos. Sus fotografías (que componen sólo una parte de su trabajo) desprenden un insospechado poder usado, un *nada-en-especial*. Son estampas de lugares y personas que a la vez son ajenos y familiares, salvajemente exóticas y absolutamente cotidianas. Son tan inocentes que a primera vista uno no sabe muy bien qué pensar, o cómo confiar en ellas, como si intentaran torear: son como completamente accidentales, o no significan nada, igual que imágenes desechables. Te pueden hacer dudar, a pesar de todas las opiniones que tengas sobre el arte. ¿No las podía tomar cualquiera? Bueno, sí y no, pero esa no es la cuestión, ¿verdad? Sin embargo, es la fuente misteriosa de su seducción, mágica y pedestre.

En un sentido las fotos de Pierson son el opuesto exacto a las de Robert Mapplethorpe. Mapplethorpe presentaba sus retratos y naturalezas muertas como si fueran piezas intemporales de escultura clásica, momentos eróticos perfectos, como si sólo existiera una única manera de que estas imágenes se presenta-

ran a la vista. Obrando de tal manera él desvitalizó a sus sujetos y les infundió una palidez vampírica, una no-muerte eterna. Su obra parece pétrea y olímpica, sobrenatural, irreal y poseída. Pierson, en contraste, hace que los momentos perfectos duren haciendo imágenes que distan mucho de la perfección. No hay nada artificial en el trabajo onírico de Pierson. Reemplaza la perfección por algo lírico y poético, algo visualmente celestial. Sus imágenes parecen libres y desenfadadas, como si fueran muestras de una vida ligera y caprichosa, poseen esa insoportable levedad del ser. Las fotos de Pierson parecen tocadas, todas están algo desenfocadas, granulosas, empañadas o descoloridas, pero esto le da a su obra una tosca exquisitez y una sencillez encantada.

RECUERDA RECORDAR

La mano de Pierson es inocente pero su alma se siente vieja. Es uno de esos artistas que te hacen sentir que quizá deberías estar viviendo tu vida de otra manera, como si quizá debieras apreciar todas aquellas cosas intrascendentes que ocurren a tu alre-



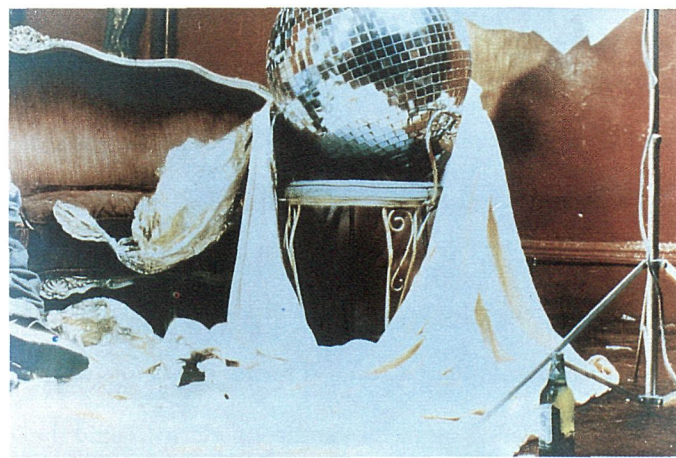
Jack Pierson, *Un buen año (para las rosas)*, 1990. Impresión, 51 x 76 cm. Cortesía Tom Cugliani Gallery.

dedor constantemente. Su trabajo está empapado de la maravilla de lo momentáneo, hace que todo desprenda un tufo a *glamour* sutil, como si los momentos incidentales de la vida fueran de los más bellos y atractivos. El trabajo de Pierson te recuerda lo difícil que en realidad es describir el momento.

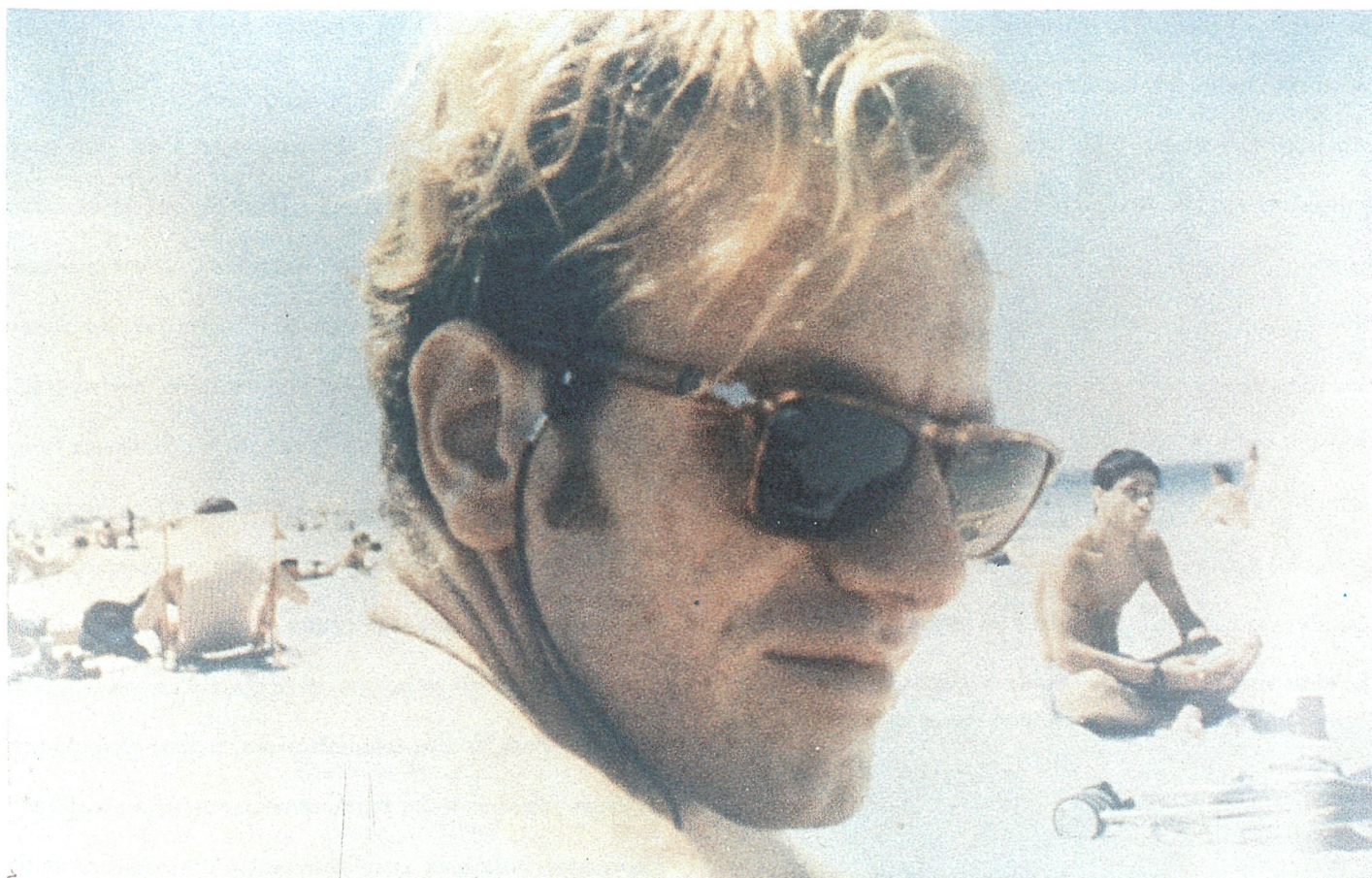
Hace *souvenirs* de la vida, hace real la memoria. (¿Has querido alguna vez darle las gracias a un artista? Pierson quizá te haga sentir algo parecido). Parece que siempre estamos en verano dentro de su obra. Aquellos momentos cuando hueles el aire húmedo, sopla una suave brisa y tu amante aparece desnudo

ante ti, justo frente a ti. Aquel momento cuando reías con tus amigos y uno de ellos ladeó la cabeza así... y el momento del día se fundió con el lugar, un silencio profundo llenó el aire y supiste por qué los querías tanto, según el amor iba colmándote. O una rosa, una rosa roja delicada y exuberante, en un jardín hinchaba tu pecho con visiones de serena promiscuidad. Una carretera abierta, o un loro encantado en su jaula que te fascinaba durante horas, o nubes húmedas blancas y voluminosas, o las ramas de una palmera que se mecían y que tú avistaste cuando te sentías tan lejos de todo, un caminante, a la deriva, liberado de la gravedad. Una foto de Pierson te puede hacer sentir muy bien contigo mismo, otra vez contento, como lo eras antes, como si creyeras en las cosas, aunque no pudieras decir exactamente qué eran.

Hace sus imágenes tan personales que afloran y se hacen públicas, tan públicas que tú, a la vez, las privatizas para ti mismo. ¿Recuerdas un día durante el verano cuando no tenías prisa en ir a ningún lugar específico? Bueno, también lo recuerda Jack Pierson. Esa es la arrolladora, epifánica cualidad, la magia poética y bruja que emite y lo que la hace ligeramente vidente.



Jack Pierson, *El mundo*, 1990. Impresión. 51 x 76 cm. Cortesía Tom Cugliani Gallery.



Jack Pierson, *En la playa*, 1990. Impresión. 51 x 76 cm. Cortesía Tom Cugliani Gallery.

ASPECTOS SECRETOS DE LA VIDA

Hay un aspecto secreto y oculto de su trabajo, un aspecto secreto que tú compartes (a tu manera). Hay un aspecto *sexy* a su trabajo, hasta otro cutre, algo oscuro o furtivo. Sus imágenes te hacen recordar, malos, buenos tiempos, tiempos salvajes y perversos; momentos de insoportable dolor y de placer intenso. Pero, sobre todo, sus mágicas, casi estáticas imágenes, te recuerdan momentos de soledad, quizá, en los brazos de la pasión, buscando el amor, el sexo, la conexión o Dios sabe qué, momentos en que eres total y absolutamente tú mismo. Momentos llenos de pensamientos íntimos y secretas fantasías que sólo tú, y aquella otra persona, se llevan a la tumba. Estas

personas, las que Pierson fotografía, reemplazan (y en algunos casos se convierten) en aquellos que quisimos, o con quien nos acostamos, o con quien pasamos soledad, o que nos quisieron. Ellos **son nuestra biografía, quienes somos**. El tiempo que despierta la más profunda empatía de Pierson son estos momentos, cuando uno se escapa de sí mismo, para llegar a sí mismo.

Seguramente es demasiado precipitado, y una cualidad demasiado grande a reivindicar para un artista tan nuevo pero es posible que el estilo fotográfico singular de Pierson podría tener tanta influencia en cómo miramos las cosas en el futuro como lo tuvo Barbara Kruger en la publicidad y el grafismo desde finales de los ochenta hacia adelante. **La mirada de Pierson es**

tan fuerte y personal. Su desenfado es tan refinado, especial y adictivo. Una vez que has visto sus fotos quieres ver más, y apenas importa cuál, tan lleno estás de amor por ellas. Y de la misma manera que no tildamos a Kruger de artista comercial, tampoco podemos enfocar a Pierson como un 'fotógrafo', porque sencillamente no es eso, es una etiqueta demasiado pequeña. Es un artista que parece posicionado para desempeñar un papel instrumental en cambiar la manera en que miramos, no sólo al mundo, sino a nosotros mismos. Su trabajo elocuente, sosegado, tiene ese tipo de potencial y de atracción. Las fotos que Pierson hace de las personas y los lugares están cambiando las ideas visuales de lo narrativo de maneras asombrosas.



Jack Pierson, *(John with) a Boner*, 1990. Impresión, 51 x 76 cm. Cortesía Tom Cugliani Gallery, N.Y.

EL BHAGAVAD-GITA DE UN MENDIGO

El libro que él publicó el año pasado en Klön, por Angel Scheibler, llamado *Angel Youth* (Joven Ángel), es increíble, tiene una especie de Kundalini fantástica (¿un encantamiento?). Parece algo impreso en la India o en Turquía, los colores son tan exagerados y el papel tan fino y extraño. No hay texto, sólo imágenes (75) sacadas de la vida. Se lee como una épica, una *Upanishads* para los solitarios, unas *Mil y Una Noches*. Es una procesión brillantísima, una oración, una radiografía desde el corazón, o una cana al aire cutre en la calle 42. El libro está lleno de sexo. Sexo en hoteles, en la playa y en soledad: bella piel musculosa, la ropa tranquilamente dispersa en montones sexuales (algo que todos reconocemos), miradas buscadoras y expresiones insistentes. Es caliente, pero suntuosamente caliente, como si la pornografía masculina se hubiera emparejado místicamente con la pornografía femenina literario-romántica.

Pierson es un poco como Ferlingetti (¿hechizo?) o Ginsberg en *Angel Youth*. Tiene un toque *beat* que mezcla con algo completamente innombrable. Nunca llegas al final de *Angel Youth*, te vas a la deriva, caviloso, hipnotizado en un trance consciente. Lo empiezas mil veces, pero no puedes acabarlo, y esto da la sensación que es importante, un poco como la vida. Este pequeño libro comienza a parecer bastante grande. Siempre quedan cosas desconocidas, cosas que aún no has agotado, o que quizá no conoces. La de Pierson es una historia interminable, con santos y pecadores, angeles y "perdidas", ubicación y nomadismo, y luz, un color indolente, enigmático, parecido al loto, profundo y rico: cielos de un azul pavo real turquesa,



Jack Pierson, *Palmeras, Santa Mónica*, 1992. Impresión, 76 x 101,5 cm. Cortesía Tom Cugliani Gallery, N.Y.

muros escarlata relumbrando de rojo desbordante, pelo del más puro amarillo arenoso, azafranado y asulfurado, flores aterciopeladas y verdes campos de hierba exquisita.

En verdad, Pierson tiene un toque de poeta, como Cocteau, pero también la inocencia, ¡caray!, a lo Warhol, mezclada con el hastío mundano de todas aquellas extrañas criaturas de su mundo. Pierson jamás se esfuerza demasiado en hacer lo que hace y eso es lo que confiere a sus fotos esa liquidez sublime y fluyente (es la clave de toda su obra; he intentado hacer un *Pierson*, resulta imposible). Entrás en su mundo plena y espon-

táneamente, o quizá su mundo entra en el tuyo. Son como posters para tu vida, public campañas para tus emociones. Estas imágenes son trofeos y talismanes, modos de rememorar todos los efectos especiales de cada momento individual en tu vida. Su trabajo tiene una narrativa en blanco; cada imagen, más que un fotograma es más bien una especie de filme mágico. Todas tienen una amplitud cinematográfica, aunque dan una sensación tan delicada y ligera. Son frases entrecortadas (odas en realidad), altos en el camino hasta que todos logramos ser más o menos lo que somos. Mientras, Pierson lo hace todo glamoroso, al llenar tu vida con una altivez visionaria.